

presión, en el hermetismo de las oscuridades, justo aquello que ha salido a la luz sin el consenso de las colectividades ilustradas, ya no sólo significadas y vencidas, sino también ahora suplantadas por otras voces en cuyos aplausos no caben los imposibles reales.

Soldadesca lleva camino de convertirse en un libro que pronunciado en los lugares comunes crearía un clima de enemistad, un enfriamiento en verano, un desacuerdo que no permitiría que el texto —sólo aparentemente separado de la realidad— hablara entre nosotros, como si fuera una de nuestras voces. Este nombre que sobre muchos jóvenes se extiende, ya ha sido pronunciado por Ullán: "Mas las palabras del cantor, quien no las cree no las entiende". "No ahora —dice Rilke—. Provocaría inquietud entre vosotros; surgirían corrientes de atracción y de rechazo", y mucho me temo que Ullán "necesite nuestro silencio, y la superficie inalterada de nuestra espera complaciente".

Yo no voy a reclamar un olvido más extenso, el único significativo, que diría Valente. No me atrevo sino a emplazar vuestra noche en otras noches. **Soldadesca** nos enseña, en fin, "que mayor miseria es enfermar el alma con odio que la carne con vicio".

Las ilustraciones de Brinkmann, Chillida, Fraile, Gordillo, Palazuelo, Peinado, Quetglas, Rojo, Saura, Sempere, Tápies y Zóbel, que acompañan al texto y su portada, si es posible atravesarlas con una sensibilidad des acostumbrada, con el ritmo propio que ya os tendrá acostumbrado el texto, regresad (con esa incertidumbre, con esa disposición, en su apariencia, en sus señales, en sus balbuceos, en su nada misterioso desaparecer) a algo que se reconociera, que se pareciera a lo incomprensible de todo este texto. Otra cosa no puede concebirse en **Soldadesca** más que un momento como éste, que nos sorprende y que no siempre se pone a nuestro alcance, que es más cercano a la nostalgia que a la demora de quien no sabemos si ha escapado o está aún por llegar.

Soldadesca es la persecución de un acorde, del que Ullán sabe tanto como los demás, que consiste en desear el cuerpo de la escritura. ■ ZAYA.

ADIOS A LAS LETRAS

Visita tardía

HE visitado tardíamente Grandola, Vila Morrena.

Si yo hubiera sido revolucionario me hubiera muerto en el intento, porque soy muy cobarde, un cobarde contagiado por la patología del valiente, ser que cree que de su cobardía puede sacar algún jugo provechoso, aquel lugar de la mirada en el que habita la nostalgia del pasado. A Grandola siempre llegas tarde, cuando hace demasiado sol, han cerrado los viejos lo que queda de la plaza y todos se han encerrado bajo llave en lo que debe ser el recuerdo del pueblo, el pasado eterno en el que viven los ancianos.

Llegas tarde, pues, sobre las cuatro. Los hombres recogen los melones de la carretera, se abren las tiendas vespertinas, nadie aparece por el sector, entre todos buscan una identificación con el aire, porque todos miran hacia arriba, buscando del cielo alguna justificación.

Grandola aparece al principio, calurosa y evasiva, como una dama esposada. ¿Quién eres tú?, te preguntan las gasolineras; tú ves a los pollos recorriendo el camino, obviándote, aterrado de que tú seas el próximo visitante de aquel lugar de Portugal. Tú miras hacia los estancos: dónde, demonios, se compra en este país picadura de tabaco, agua de seltz, whisky, zapatos de tacón alto, cassettes. Yo quiero, le digo al hombre de la gasolinera, irme con buen sabor de Grandola.

Hay una fiesta en la que todos prometen ser mejores que el año pasado, mejorar la tradición, sentarse al sol con menos moscas, ser en el pueblo mucho más elegantes, guapos, serios, la asustada existencia de los pueblerinos mirando, distraídos, al hombre que acude a comprar el cassette.

Finalmente aparece el sabio: "Usted, de aquí a Lisboa tiene dos horas. Si es joven, lo hace en hora y media, pero, si no, lo hace en dos horas. Yo lo hago en dos horas". El ata, lentamente, la capota de su coche y guarda, convencido de haber obte-

nido el agua que Fátima colocó en la frente de las bienaventuradas, lo que lleva en el termo que previene del calor con su cuerpo torpe y cansado.

Grandola se cierra a esa hora, bajo el calor solitario del verano de este año. La radio anuncia que todo acaba, que no hay nadie en el lugar que apueste por una solución racional del vacío. Los viejos se preguntan entre ellos qué es el vacío. Por la noche, Ramalho Eanes les dice a todos qué es el



vacío: una mirada lenta, suficiente, les dice desde el altavoz blanquinegro de la televisión que habrá disolución de la Asamblea, que la literatura no sirve para acabar con este estado de cosas. Es un Presidente como otros, que le dice cosas sin sentido, con cara ceñuda, seco, ausente, enquistado en Belén, a las gentes de Grandola.

Grandola está vacía. El calor ha matado a los ratones, ha secado los claveles, no se oye una voz en todo el pueblo.

Cuando Humphrey Bogart interpretó "Casablanca", nunca pensó que ese pueblo moro iba a resultar más perdurable que Grandola, que nos despide con su nombre —hay que mirar atrás para percibirlo— totalmente borrado por graffiti. ■ SILVESTRE CODAC.

¿Una o dos culturas?

En un famoso ensayo publicado en 1959 por el novelista y científico Charles Percy Snow bajo el título de *Las dos culturas* y la revolución científica, se avanzaba la tesis de un divorcio creciente entre creadores —escritores o artistas—, por un lado, y hombres de ciencia, por otro. La obra de Snow dio inmediatamente origen, sobre todo en el mundo anglosajón, a una viva polémica que, bajo una forma u otra, todavía perdura.

Precisamente en el marco de ese debate se inscribe el libro del

norteamericano William H. Davenport, director del Departamento de Humanidades del Harvey Mudd College, que lleva el significativo título, a modo de respuesta a la tesis de White, de *Una sola cultura: la formación de tecnólogos-humanistas* (1).

El tema es, sin duda, importante. ¿Habría habido, cabe preguntarse, un Hiroshima o un Nagasaki de no haber existido previamente ese divorcio entre ciencia y humanismo? Oppenheimer

(1) Colección "Tecnología y sociedad". Traductor: Esteve Ribau i Saurí. Gustavo Gili. Barcelona, 1979.

ya advirtió —cuando el daño ya estaba hecho— sobre el peligro de una ciencia vuelta de espaldas al hombre. Algo parecido hizo Einstein, que tanta responsabilidad tuvo en la fabricación por Norteamérica de la bomba. Ambos físicos hablaban, pues, con auténtico conocimiento de causa.

Es verdad que la ciencia y la tecnología, como nos señalaba hace algún tiempo el filósofo polaco Bogdan Suchodolsky (2), pueden ser —y de hecho han sido muchas veces: basta mirar a nuestro alrededor— liberadoras,

(2) Ver entrevista publicada en el número 818 de TRIUNFO.